

las puntas de los pies, y le besó primero una mejilla y luego otra.

—Eso es otra cosa (dijo D. Martín); todo lo que quieras, menos llorarme. Eso, María, no te lo consiento.

—¡Martín!...—exclamó ella.

—Calla (dijo él). Gila viene á decirnos que ya es hora de almorzar....



## CAPÍTULO XXI.

### EL LOCUTORIO.

**N**o; no estaba resentida la madre Purificación, porque, digan lo que quieran las vanidades humanas, hay corazones tan apartados de las cosas del mundo, que viven á cubierto hasta de las pequeñas mordeduras del amor propio. Mas, ¡ya se ve!, la buena monja no se hallaba tan desligada de los afectos de la familia, que allá en la paz interior de su alma no sintiese algo, así como cierto escorzor que de vez en cuando se le venía á la punta de la lengua, y le hacía exclamar: «Esto es que el Señor me castiga, porque no merezco otra cosa.»

Todo ello consistía en que Fermín, el pícaro Fermín, prometido esposo y futuro marido de Aurora, no había parecido por el convento ni una vez siquiera á ver á la madre Purificación,

que iba á ser dos veces su tía, aunque tía segunda las dos veces; y es el caso que habían llegado al locutorio las más favorables noticias, pues las gentes se hacían lenguas del muchacho y lo ponían en los cuernos de la luna, y cate V. que á la monja no se le cocía el pan, impaciente por echarle la vista encima; y quieras que no quieras, á la comunidad le sucedía dos cuartos de lo mismo.

Y véase lo que son las cosas: desde que Fermín puso los pies en la casa de Cañizares, todos los días se hablaba de llevarlo en procesión al convento; mas hoy por una cosa, mañana por otra, como en las casas de las mujeres hacendosas hay siempre tanto que hacer, se había ido aplazando la visita al convento; y Dios sabe cuándo habría llegado el día propicio, si una mañana María de la Paz no hubiese visto entrar por las puertas de su casa á la mandadera de las monjas, con una cesta colgada en el brazo izquierdo y una carta en la mano derecha. En cuanto la Pacheca distinguió á la mandadera, exclamó diciendo:

—¡Tienen razón las madres, muchísima razón!... Todos los días estamos yendo, y aún no hemos ido; pues de hoy no pasa que vayamos. Y vea V. qué santas mujeres: en vez de enviarnos quejas, nos envían bizcochos. ¡Ah! ¡qué hermosa

gloria les espera! Tú, Marta; toma esta cesta y pon esos bizcochos en la bandeja grande. Á ver si te se caen y hacemos *tenderete*. Mira que son de los que más le gustan á tu amo.

Diciendo así, tomó la carta que la mandadera traía, y abriéndola, leyó lo siguiente:

«*Convento de la Santísima Trinidad*, día de la Anunciación de Nuestra Señora.

»Mi buena prima: La Comunidad ha hecho esos pocos bizcochos, que gracias á Dios han salido muy buenos, y son de los que más le gustan al goloso de tu marido. No sabes, hija mía, qué rico sale el pan del trigo que nos enviasteis; da gozo verlo. El Señor os lo pague, como nosotras lo agradecemos. Dile al descastado de tu sobrino, que, aunque por la misericordia de Dios no vivimos en el siglo, todavía Nuestro Señor Jesucristo nos tiene en el mundo. No os olvidamos en nuestras oraciones, y le pedimos á Dios que Aurora sea una Santa Mónica y que Nona perseverare en su santa vocación y tome el hábito en este convento. Se acerca la Semana de Pasión, y no podréis vernos en algunos días, porque vamos á entrar en ejercicios.

»Tu prima,

»MARÍA DE LA PURIFICACIÓN.

»*Abadesa del Convento de la Santísima Trinidad.*»

Luego que hubo leído la carta de la Abadesa, llamó á su sobrino y á sus hijas, y dijo al primero :

—Toma, Fermín : lee eso en alta voz, que se enteren bien tus primas, para que vean lo que dice la madre Purificación.

Así que Fermín leyó la carta, añadió la Pacheca :

—¿Véis? Lo que estoy diciendo todos los días. Hay que ir á ver á las monjas; hace un siglo que no hemos parecido por allí; la Comunidad estará deshecha porque no ha visto á Fermín todavía. Y nosotros aquí, dejándolo siempre para mañana. No os culpo á vosotros, sino á mí, que se me pasea el alma por el cuerpo y se me va el tiempo entre los dedos.

—Bueno (advirtió Fermín). Eso fácilmente se remedia; yo voy esta tarde, y cumplo por toda la familia.

—No (le replicó su tía); esta tarde vamos todos en comitiva.... ¡No faltaba más! ¿Quién me quita á mí el gusto de presentarte á la Comunidad? ¡Vaya si se celebrará tu visita!.... Verás qué hermoso está aquello.

—¡Hermoso! (dijo Aurora.) Lo más triste del mundo.... Cuatro tapias cercadas de cipreses; parece un cementerio.... ¡y luego las monjas tan preguntonas!.... No sé á qué viene esa caminata.

—¡Caminata! (exclamó la Pacheca.) ¡Pues aunque el Convento estuviese en el quinto infierno, cuando lo tenemos á dos pasos de la casa!.... Hija mía, le tienes ojeriza á las madres. ¿Qué daño te han hecho? Mira á tu hermana, que se despepita por ir al Convento; así la quieren á ella. No te pongas encarnada, hija, pues querer ser monja no es ningún delito.

—¡Monja!—exclamó Fermín, sin poder contenerse.

—Monja (volvió á decir la Pacheca). ¿Por qué no?

Nona levantó los ojos y los clavó en María de la Paz : aquella mirada era una súplica, que quería decir : «¡Por Dios, madre!»

—¡Ea! (siguió diciendo la Pacheca): á echarse los vestidos y á colgarse las mantillas; yo me arreglo en medio minuto, y, paso entre paso, caemos en el Convento como una bomba.... ¡Eh! tú, Nona, dile á *Chucho* que apareje el macho y arree, que va á llevar á las madres dos costales de trigo.

Aurora miró á su hermana con expresión compasiva, y corrió con ademán resuelto á hacer su tocado, en el que puso muy especial esmero. Prendióse un hermoso clavel doble de color de fuego, que llameaba sobre los rizos negros de su altiva cabeza como un sol que se pone entre

nubes; dió un punto más al cinturón que estrechaba el contorno de su talle; echó atrás la mantilla, como quien se echa el alma á la espalda, y después de recrearse ante el espejo en su propia contemplación, irguió gallardamente la cabeza, complacida de sí misma, y con el gesto más encantador del mundo, dijo entre dientes: «Así; que rabien las monjas.»

En efecto: el Convento de la Santísima Trinidad, de que era Abadesa la madre Purificación, estaba, como quien dice, detrás de la puerta. No había más que cruzar la plaza, bajar la calle de los Desamparados, salir al campo, y tomar la senda de los álamos blancos que termina en el atrio mismo del convento.

Aurora echó delante, porque ella había de ser la primera siempre; siguióla Nona como sigue la noche al día, y Fermín se quedó detrás, acompañando á su tía. Ésta le dijo:

—Anda tú con las muchachas, y díles cuatro chicoleos; yo voy aquí á mi paso, y no necesito á nadie.

Fermín se adelantó, colocándose entre sus dos primas, y Nona se fué rezagando poco á poco hasta encontrarse con su madre.

Las cuatro paredes del convento aparecieron pronto al extremo de la alameda, sombreadas por altos cipreses, como si el pequeño edificio

descansara en brazos de la oración y del recogimiento á que estaba consagrado. Nada tenían que ver allí ni el arqueólogo ni el artista, porque no encontrarían más antigüedad que la de la fe, ni más poesía que la de la esperanza. La capilla, el claustro y el huerto, ó, como diría un *espíritu superior*, cuatro altares, cuatro celdas y cuatro árboles componían la totalidad de la casa, pequeña en todas sus partes, y tan grande, que cabía en ella la paz que no cabe en el mundo.

Llegó la familia á la portería, y fué inmediatamente introducida en el locutorio. Al través de la oscuridad que ocultaba los objetos al otro lado de la reja, se vió aparecer una sombra blanca que se acercó á los hierros cruzados, diciendo:

—Ave María Purísima.

Obtenida la contestación correspondiente, siguió diciendo:

—Vamos. Bendito sea Dios, que os ha traído á esta santa casa; la Comunidad va á tener un día de regocijo.

—Calla, mujer (le replicó la Pacheca), porque aquella casa de mis pecados es la vida perdurable. Martín fué hoy á la huerta, porque ha empezado la escarda, y están los sembrados que da gozo verlos.

—Dios los bendiga,—contestó la madre Abadesa.

Una detrás de otra fueron entrando las monjas en el locutorio, y después de repetido muchas veces el Ave María Purísima, comenzaron los saludos, las preguntas y las conversaciones: la Comunidad entera asistía á la visita.

Las sombras blancas de las monjas se destacaban en el fondo oscuro del locutorio, y casi lo iluminaban; al través de las rejas se distinguían bocas risueñas, y relampagueaban miradas tímidas y curiosas. Siempre que hablaba la madre Abadesa callaban todas las monjas.

—¡Vaya! ¡vaya! (dijo) : ¿conque este es Fermín? ¿Este es el que?... ¡Jesús! Dios lo haga un Santo. ¡Tantos días en el pueblo, y sin venir á vernos!....

Los huecos que formaban los hierros cruzados de las rejas se cubrieron de ojos.

—Sí, tía (contestó Fermín) : pero si no estuviere esta reja por medio, vería V. con qué abrazo tan apretado le decía, cuánto deseaba verla su sobrino.

—Dios te lo pague, hijo (añadió la Abadesa); porque has de saber que yo no me quedaría corta.

—¡Es una alhaja! (advirtió María de la Paz.) Ahí donde lo ves, sería un hermoso sacerdote

te.... ¡Qué sermones, hija, qué sermones!.... os chuparíais los dedos, porque habla como un libro; pero, ¡vamos!, Dios lo llama por otro camino.

—Lo mismo (replicó la Abadesa) se puede servir al Señor en el siglo que en el claustro. El mundo ha de ser mundo.

—*Crescite, et multiplicamini, et replete terram,*—murmuró Fermín entre dientes.

—¡Ay! (exclamó una voz casi infantil al otro lado de la reja del locutorio.) ¡Habla en latín, lo mismo que el señor Cura!....

La Comunidad no pudo contener la risa, y celebró con inocente algazara el texto bíblico, tal vez sin entenderlo, mientras María de la Paz arqueaba las cejas, tan admirada como las monjas.

—¡Aurora! (dijo la madre Abadesa.) Acércate, mujer; que el locutorio no se come á nadie. ¡Si vieras qué paz tan hermosa hay aquí dentro! Mira: el siglo nos lo ha quitado todo; pero nos ha dejado á Dios, y nada nos falta.

—Yo (contestó Aurora irguiendo su gallarda cabeza) no podría vivir dentro de esas cuatro paredes ni un solo instante. ¡Ave María, qué tristeza!....

—¡Triste! (exclamó la monja.) No, hija mía. Es verdad que aquí no hay espejos; pero

nos vemos unas á otras. Si tuvieras vocación, no dirías eso.

—¡Vocación! ¡Ay, tía; Dios me perdone, pero no tengo ninguna!

—No le hagas caso á esta loca (dijo la Pacheca): tiene la cabeza á pájaros, y no sabe lo que se pesca.

—Sí lo sé (replicó Aurora), y no sería monja por nada en el mundo.

—Su Divina Majestad (añadió dulcemente la Abadesa) te destina á otra cosa; pero si alguna vez te afligen las desdichas del mundo, riéte de cuentos, hija mía, y ven, porque en esta casa, que te parece tan triste, encontrarás mucho consuelo. Y, ¡vamos! ¿qué nos decís del robo de las alhajas de la Virgen? ¡Habéis visto qué sacrilegio tan grande! Nosotras hemos tenido tres días de rogativa para que el Señor permita que parezcan.

Nona dijo:

—Mi primo asegura que parecerán.

—No aseguro eso (replicó Fermín). No puedo asegurarlo. ¿Quién puede asegurar nada en este mundo?

Nona, como siempre, dobló la cabeza bajo el peso de las palabras pronunciadas por su primo, y apoyó la frente sobre los hierros de la reja.

—¡Hola, Madre Dolorosa! (exclamó la Abadesa,

sa, dirigiéndose á Nona.) ¿Qué cara es esa tan seria que nos trae V. esta tarde? Levanta la cabeza. ¿Por qué tienes tú que bajarla? Miren, hermanas; miren qué chica esta; cada día tiene más cara de santica.

—Calla, mujer (replicó María de la Paz). Yo no sé qué lleva por dentro esa criatura; pero hace unos cuantos días que no es ni su sombra. Repárala bien, y verás que parece un cielo nublado.

—Esa es la vocación, prima (contestó la Abadesa). El claustro la llama. Aquí están sus hermanas esperándola con los brazos abiertos. Ya le tenemos preparada la celda. ¿No? (preguntó, fijando su mirada apacible en los ojos de Nona.) Vaya, tu madre no te entiende, y tú tienes algo que decirme. Las monjas, hija mía, somos muy curiosas, y queremos saberlo todo. Mira tú; al fin hijas de nuestra madre Eva. Entra en el locutorio grande, y verás cuántas cosas hablamos.

El locutorio grande estaba pared por medio, y era cabalmente más pequeño que el otro; pero se le llamaba grande porque las rejas se hallaban más unidas y los hierros mucho más claros, de manera que los interlocutores se encontraban más cerca uno de otro, y la comunicación era más estrecha, más íntima. Nona no tuvo que hacer más que empujar una puerta para entrar

en el locutorio grande, y cuando llegó al pie de la reja, ya estaba allí la madre Abadesa. La tía y la sobrina se encontraron frente á frente, y aun puedo decir manos á boca.

—¿Por qué no me miras?...—dijo la Abadesa.

Nona alzó los ojos.

—Así (continuó la madre). Vamos á ver : tú tienes algo.

—Sí tengo,—contestó Nona.

—Pues bien : cuéntamelo todo.

—¡Todo!... ¿Hay palabras para decirlo todo? ¿Sé yo misma lo que pasa en mi alma?

—¡Hola! ¿Secretos, eh?... Niñerías. Vamos á ver : ¿qué tienes?

—Tengo un nudo en la garganta que me ahoga.

—¡Un nudo, hija mía!

—Sí, madre; y otro nudo en el corazón, que me aprieta mucho.

—Óyeme (le dijo la madre Purificación). Dios ha hecho las lágrimas para que lloremos nuestras culpas. Ábreme tu corazón. ¿Por qué lloras?

—No quisiera llorar, y lloro : le pido á Dios que seque en mis ojos estas lágrimas que salen del alma, y no las seca.

—Eso es. Dios ha de cargar siempre con la cruz de nuestras flaquezas. ¿Te parece á ti que

su Divina Majestad no tiene otra cosa que hacer más que venir con sus manos limpias y por tu bella cara, á pasarte el pañuelo por los ojos?....

—No; pero.... ¡Si Dios quisiera!....

—Pero ¿qué ha de querer?... ¡Vamos! : dale tus órdenes.

—¡Madre!.... Lo diré. Me parece que el mundo se me viene encima.

Movió la monja la cabeza en señal de duda; permaneció un momento pensativa, y luego se echó á reír, diciendo :

—¡Vamos! : lo de siempre.... No te aflijas. El Señor no quiere votos á regañadientes, sino votos voluntarios. ¿Lo ves ahí clavado en la Cruz por nuestros pecados? Pues siempre que vengas, lo encontrarás lo mismo : con los brazos abiertos. No temas que yo me enfade. ¿Por qué he de enfadarme?... Mira: á nuestra madre Santa Teresa también le costó trabajo dejar el mundo, y ya ves si fué Santa de campanillas. Yo te diré lo que tienes en el alma, porque lo estoy viendo en tu cara.

—¿Qué tengo?—preguntó Nona con la ansiedad de quien va á leer en las oscuridades de su propio pensamiento.

—Tienes (añadió la monja), que tu vocación se ha entibiado. Tu corazón se encuentra entre el siglo y el claustro. Lloras porque qui-

sieras ser monja, y lloras porque no quieres serlo. Es el noviciado de tu alma. ¡Vaya! : no más sollozos. Pongámoslo todo en manos de Dios. ¿Podemos hacer otra cosa?

—No, madre.

—¿Cómo que no!

—No quiero decir eso.

—Bueno, lo que quieres, es que ya no piensas en ser monja. Pues bien: no hablemos más de ello.

Nona se asió con ambas manos á los hierros de la reja que la separaba de su tía, y dijo :

—Sí quiero, madre; ahora lo quiero más que nunca.

—Pues entonces (preguntó la Abadesa), ¿á qué vienen esos lagrimones?

—Vienen á que mi madre no va á querer que tome el hábito tan pronto; porque como mi hermana se casa....

—¿Tanta prisa tienes, hija mía?

—¡Oh! Sí; mucha.

—¿Por qué? Vamos á ver: ¿por qué tienes prisa?

—Porque el corazón me dice que su Divina Majestad me llama.

—Pues, mira, su Divina Majestad tendrá paciencia, porque no te corren moros. No creas que el Señor es un mozalbete, que se te va á

escapar entre los dedos; así como así, es tan misericordioso, que no se cansa nunca de esperarnos. Á Dios, hija mía, le gustan las cosas bien hechas, y lo que se hace de prisa sale bien muy pocas veces. Hazte cuenta de que ya eres monja, puesto que lo eres en tu corazón; el hábito y la celda vendrán después, porque ya convenceremos á tu madre. No es tan dura de cascos, que no se venga á razones. ¿Estás contenta?

—Sí.

—No te engañes á ti misma.

—No me engaño: he venido muy triste, y me voy alegre.

—Pues ahora volvámonos al otro locutorio, porque ya es tarde y la comunidad va á entrar en coro.

No pudiendo Nona besar á su tía, besó los hierros de la reja, y salió del locutorio grande. La madre Abadesa la siguió con los ojos, y cuando hubo desaparecido en la sombra de la puerta, se volvió al Cristo crucificado que adornaba la estancia, y cruzando las manos en ademán de súplica, le dijo :

—Señor, protegéd su inocencia, porque me parece que el mundo ha clavado en su corazón alguna espina.